

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

XI

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
**2 - CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS
DEL CASCO HISTÓRICO**

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR



INSTITUTO DE
BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

Coordinador
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2024

2024

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra Historia

2

Callejeando por los barrios del casco histórico

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

2. Callejeando por los barrios del casco histórico



Santa Marina, cuna de tradiciones populares

JOSÉ LUIS BLASCO*
Periodista

*Trabajo póstumo del autor, fallecido el 29 de agosto de 2024, cuando este libro estaba en proceso de edición. Descanse en paz. Había sido nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia de Córdoba el día 9 de mayo de 2024.

Teodomiro Ramírez de Arellano, al principio de su tercer paseo, dedicado a Santa Marina, lo define como “un barrio que cuenta con aristócratas, clase media y proletaria, muchos agricultores y no pocos industriales; por tanto, es de mucha y positiva importancia”. Cuando escribió sus paseos Ramírez de Arellano Santa Marina era el barrio de Córdoba con más habitantes censados; en concreto, el censo de 1878 establece en Córdoba una población de 49.855 habitantes, de los que, según José Cruz Gutiérrez cita en su obra *Los piconeros cordobeses*, 6.757 vivían en Santa Marina. Han pasado 150 años y Santa Marina ha modificado el perfil de sus residentes. Todavía quedan agricultores e industriales –entendido este último término como empresarios–. En cambio, no quedan aristócratas. Las casas solariegas que menciona don Teodomiro en su paseo fueron derribadas y en sus solares se edificaron viviendas que habitan propietarios de negocios, trabajadores por cuenta propia o por cuenta ajena y funcionarios. Gente noble abunda, pero sin título nobiliario. El cuidado de sus antiguos propietarios logró conservar, en cambio, a pesar de haber pasado tantos años, la casa de “los señores marqueses de Villaseca, una de las mejores de Córdoba, tanto por su capacidad, como por su construcción; tiene estensas [sic] y hermosas habitaciones, escalera de mármol negro, y todas las oficinas necesarias para una familia de aquella importancia”, según comienza Ramírez de Arellano su relato sobre el Palacio de Viana, que en la actualidad es propiedad de la Fundación Cajasur, que lo ha convertido en una referencia turística de la ciudad, paradigma de casa noble por sus estancias interiores y por los doce patios y el jardín que atesora.



Vista de la plazuela de Don Gome, en la que destaca la portada del Palacio de Viana, cuyos patios, salones y colecciones artísticas atraen a gran número de visitantes. (Foto MC).

Piconeros y toreros

Hubo un tiempo en que a Santa Marina se le reconocía con el sobrenombre de “barrio de los piconeros”. Pero piconeros tampoco quedan. “¡Barrio de Santa Marina!, el tiempo parece que no pasa, pues el recuerdo es lacerante. Los vientos del progreso barrieron a los piconeros del barrio, algunos murieron en Barcelona, como el mayor de Los Maragatos, y en otros lugares de España”. En el citado libro *Los piconeros cordobeses*, su autor expresa con este lamento el final de una actividad económica a la que durante décadas en Córdoba se dedicó gente muy humilde de Santa Marina, de San Lorenzo, del Alcázar Viejo y del Campo de la Verdad. Cruz Gutiérrez consigue un meticuloso estudio de una labor, la del piconero, transmitida “durante siglos de padres a hijos”, que fue recurso económico de gente a la que la vida no ofrecía alternativas mejores. El picón le daba para subsistir, en condiciones que, según qué tiempos, eran muy complicadas. “Los bajos precios y otras circunstancias como la intervención del hocino y el picón por la Guardia Civil da una idea de la penuria económica de los piconeros”, subraya el autor.

Pese a todas las dificultades que su actividad generaba, el gremio de los piconeros tuvo su relevancia social y desde 1875 a 1955 organizó becerradas, encerronas o toretes, festejos muy celebrados por los cordobeses. Pero el uso del gas y la electricidad como fuentes de

energía en los hogares reemplazó al picón y, desde la segunda mitad del siglo XX, el piconero fue perdiendo importancia hasta su desaparición. No obstante, en la historia de Córdoba la figura del piconero, humilde de origen y condición, se engrandece por el papel social básico pero relevante que tuvo durante siglos para que los cordobeses pudieran encender sus cocinas y calentar sus hogares. Y, como entorno geográfico del personaje, acompaña el barrio de Santa Marina al piconero en poesías, coplas y libros de historia.

Para dar continuidad al relato y enlazar oportunamente el sobrenombre de “barrio de los piconeros” con el de “barrio de los toreros”, el propio Cruz Gutiérrez ofrece la puntada que cose ambas definiciones. En su libro señala una taberna que existió hasta finales de la década de los años ochenta del siglo XX en la calle Mayor de Santa Marina, haciendo esquina con la calle Cepas, frente a la plaza de La Lagunilla. “De aquellos lejanos años –escribe– sólo quedan de testigos los enmohecidos muros del templo y la castiza taberna de la Cosaria. Una magnífica fotografía de Lagartijo preside la misma, para que no caiga en el olvido este rincón cordobés en donde solía reunirse lo más ternejal del barrio: piconeros y toreros”.

“Barrio de los toreros”. El sobrenombre no admite tampoco discusión. Hay autores que refieren como cuna de toreros el “barrio del Matadero”, lo que puede despistar al lector. Pero el llamado barrio del Matadero tenía un acoplamiento urbanístico a Santa Marina y, además, pertenecía a esta parroquia. Ramírez de Arellano ya lo deja claro hace siglo y medio en *Paseos por Córdoba*: “...nos ocuparemos de los cinco grupos ó manzanas de casas conocidas por el Barrio del Matadero, todas correspondientes á Santa Marina, como lo es la acera que hay desde la puerta del Rincón hasta la [citada] torre de la Malmuerta”.

Rafael Sánchez, en su libro *Lagartijo el Grande, centenario de un califa del toreo*, cuenta que fue bautizado en la iglesia parroquial de Santa Marina. Se podría decir que el bautismo de Rafael Molina Sánchez, el primer Califa del Toreo, en noviembre del año 1841, instaura el vínculo de los toreros con el barrio. Rafael Guerra Bejarano *Guerrita* –segundo Califa– dio sus primeros pasos en el barrio del Matadero, donde su padre trabajaba de portero. Según Carlos Clementson y otros autores, Rafael González Madrid *Machaquito* –tercer Califa– nació en la calle Adarve. Remata el lazo perpetuo de los mitos

del toreo cordobés con Santa Marina nada menos que Manuel Rodríguez Sánchez *Manolete* –el cuarto Califa–, que, aunque nació en una casa de la calle Conde de Torres Cabrera y fue bautizado en la parroquia de San Miguel, vivió en la plaza de La Lagunilla y es en Santa Marina donde se inmortaliza su memoria con dos esculturas: el busto que hay en la propia plaza en la que vivió y el monumento de la plaza del Conde de Priego, lugares a los que llegará este paseo más adelante.



Los toreros Rafael Molina Lagartijo (1841-1900) y Manuel Rodríguez Manolete (1917-1947) ejemplifican la tradición taurina del barrio. Rafael fue bautizado en Santa Marina y Manuel vivió en la plaza de la Lagunilla, en la que se le recuerda con un busto. (Fotos Iberlibro y MC).

Pero no sólo califas del toreo sustentan el vínculo del barrio con el mundo taurino. Manuel Calero *Calerito*, torero de los años 50 del siglo XX, también vivió en el barrio y la dinastía de los Zurito figura al frente de una extensa lista de toreros, subalternos y picadores de Santa Marina. Estos precedentes han alimentado a lo largo de los años un ambiente taurino peculiar, que se continúa respirando en sus tabernas, algunas convertidas en acogedores recintos expositivos de la historia del toreo en Córdoba y, por supuesto, en lugares de encuentro de aficionados. La decana de las peñas taurinas cordobesas, el Club Calerito, ha tenido en Santa Marina su sede hasta el año 2016, en que se trasladó hasta la colindante calle Juan de Torres. Desde 1985, que nació en la taberna Los Gallegos –antigua Cosaria–, hasta 2016 tuvo relevancia la Tertulia Taurina Santa Marina, cuya sede estuvo desde 1988 en la taberna La Sacristía, en la calle Alarcón López. La gravitación del toreo sobre el barrio de Santa Marina es tan intensa que toreros de la época actual como Juan Serrano *Finito de Córdoba* y Rafael

González *Chiquilín* han contraído sus respectivos matrimonios en la iglesia parroquial.

De Cárcamo a la Piedra Escrita

El relato de este paseo vuelve a los piconeros. Porque el itinerario que seguirá comienza en la calle Cárcamo, que marca el límite entre Santa Marina y San Lorenzo establecido en la actualidad en el mapa de la división por barrios de la Gerencia Municipal de Urbanismo. Cruz Gutiérrez señala en *Los piconeros cordobeses*: “La calle del Cárcamo, antes del Santísimo Cristo de la Misericordia, fue arteria muy concurrida; al final de ella, estaba la puerta de entrada y salida a la ronda y, por consiguiente, al campo”. Muy frecuentada por piconeros en sus idas y venidas a la sierra y “mudo testigo –destaca el citado autor– de aquel constante trasiego de piconeros y piconeras que mostraron su civismo en el incendio del hospital de la Misericordia el 31 de agosto de 1867”. Porque la calle Cárcamo comienza, antes de adentrarse en el barrio en busca de Moriscos y Obispo López Criado, en la confluencia de Muro de la Misericordia y San Antonio de Padua. Muro de la Misericordia debe su nombre por discurrir junto a la muralla de Córdoba y por la existencia del mencionado hospital. Esta calle, perpendicular a Cárcamo y paralela a la avenida de las Ollerías, marca el límite de Santa Marina desde su acera sur. En San Antonio de Padua, un grupo de bloques de viviendas con zona ajardinada ocupa desde la década de los setenta del pasado siglo el espacio que tuvo el hospital del Cristo de la Misericordia. El sanatorio fue abierto a finales del siglo XVII. Su edificio pegaba a la muralla de la ciudad. Vestigios de la misma se pueden observar en la actualidad en la calle Fernando de Lara, que comienza en la confluencia con Cárcamo. Con la desamortización de Mendizábal el hospital pasó a propiedad de la Diputación, institución pública que lo convirtió en hospital de crónicos hasta el año 1924. Tras reformarse el edificio, fue hospital psiquiátrico. Dejó de funcionar en 1969 después de la apertura de un nuevo centro en Alcolea.

Desde la confluencia de Muro de la Misericordia y San Antonio de Padua, el paseo se inicia por Cárcamo en dirección a la Piedra Escrita. A Cárcamo desemboca, a la derecha, recorridos unos 50 metros, la calle Greñón, un callejón sin otra salida, estrecho, en el que se alzan

viviendas nuevas y reformadas. Casi frente a Greñón se encuentra la bocacalle de Rinconada de San Antonio, que pertenece a San Lorenzo. El pavimento de la calle Cárcamo fue renovado en el año 2017 y se eliminaron sus ridículas e inservibles aceras, entonces reducidas en algún tramo al ancho del bordillo. Ahora se puede andar con comodidad por ella siempre que el peatón no coincida con el tránsito de algún vehículo, aunque el tráfico está reducido a los residentes, que necesitan accionar la pizona colocada a la altura de San Antonio de Padua para acceder a esta parte de la Ajerquía. Cárcamo es una calle corta y pronto se llega a un cruce del que salen las calles Costanillas, a la izquierda; Obispo López Criado o Dormitorio, enfrente, y Moriscos, a la derecha.



Fuente de la Piedra Escrita, realizada en el año 1721, durante el reinado de Felipe V, en la esquina de la calle Moriscos con Cárcamo. (Foto J. L. Blasco).

En la esquina de Moriscos con Cárcamo el paseante encuentra una de las fuentes históricas de Córdoba, la de la Piedra Escrita. Aunque hay autores que dicen que debe su nombre a la inscripción que detalla su construcción, otros, como Ramírez de Arellano y Mario López sostienen, en cambio, que es debido a una inscripción romana ya borrada que había bajo el arco. En la *Colección Córdoba*, editada por el diario *Córdoba* y Cajasur en 1996, Mario López la define como “retablo al aire libre. Humilladero al sol. Mudo testigo de las gentes del barrio y sus historias ya sin nombre, borradas para siempre sobre la superficie del agua... Crepuscular instante del cielo y sus campanas de Córdoba,

aguardando quién sabe si el posible milagro sin fin del paraíso”. La fuente es de estilo barroco y tiene resumido su origen en la inscripción que figura sobre su arco y bajo el escudo de la ciudad: fue construida en el año 1721, durante el reinado de Felipe V y siendo corregidor de la ciudad Juan de Vera Zúñiga. El maestro Gregorio Monje, vecino de Santa Marina y esmerado estudioso de la historia del barrio y de Córdoba, describe la fuente de esta forma en el paseo que redactó para la página web de la asociación vecinal Casa de Paso en los primeros años del presente siglo: “Tanto la inscripción como el escudo de Córdoba quedan enmarcados en un espacio hecho a modo de retablo barroco: los estípites que surgen desde abajo sostienen un arco coronado por un frontón curvo por encima del escudo. El pilón de la fuente, de piedra negra, con sus delicadas curvas barrocas, recuerda a Antonio Gala una consola isabelina. El agua mana por la boca de dos leoncillos labrados en mármol blanco —original el de la izquierda y una reproducción realizada en los talleres de Rafael García Rueda en 1982 el de la derecha— con las melenas ensortijadas. Dentro de la pila hay fustes de mármol rojo donde apoyaban los cántaros las mujeres del barrio cuando se abastecían de agua en esta fuente”. Ramírez de Arellano cuenta en *sus Paseos por Córdoba* que el agua de esta fuente procedía de la Fuensantilla, “que nace detrás del pilar de este nombre en el campo, al final del barrio de las Ollerías”. En la actualidad, la Piedra Escrita se surte del agua de la red de Emacsa.

El paseo continúa por la calle Moriscos en dirección al corazón del barrio, la iglesia de Santa Marina y la calle Mayor. Moriscos, cuyo nombre lo recibe por el hecho de haber vivido en ella una amplia colonia de gente que llegó desterrada desde Granada tras la sublevación morisca que se registró en aquella tierra en el año 1568, durante el reinado de Felipe II, tiene desde la Piedra Escrita un perfil en cuesta, suave, hasta su proximidad al ábside de la iglesia de Santa Marina, punto en el que el trazado de la vía marca una cuesta abajo corta, hasta converger con Mayor. La calle necesita culminar la renovación arquitectónica de algunos edificios.

De Moriscos salen en dirección al norte las calles Empedrada y Palomares, que la unen con Muro de la Misericordia; Valencia, que enlaza con Muro de la Misericordia y desemboca en Blasco Ibáñez; y Horno del Veinticuatro, que, tras cruzarse con Vera, llega hasta la plaza de Pintor Rafael Botí, parte del barrio que se mencionará más

adelante en este paseo. Antes de llegar a Palomares, en el número 41 está la casa de los Amate, familia de artistas. Una placa colocada en la fachada recuerda que en la casa nació, vivió y murió Miguel Amate Escudero, letrista reconocidísimo del Carnaval de Córdoba. La memoria del compositor, fallecido en el año 2020, la recuerda dicha placa y la dedicación de la calle abierta tras el ábside de la iglesia de Santa Marina. En la misma casa tiene el estudio donde da rienda suelta a su imaginación el pintor Pepe Amate, primo de Miguel, y viven los padres de ambos artistas, José y Miguel, como sus hijos, que se manejan con una vitalidad excepcional a pesar de tener ambos más de 90 años.

Por Aceituno hacia San Agustín

De Moriscos hacia el sur sólo parte una calle, Aceituno, la que toma ahora el paseante buscando la plaza de San Agustín. Justo enfrente de la bocacalle de Aceituno ha existido hasta mediada la década de 2010 una taberna que en sus orígenes fue conocida como Casa Almoguera. En la misma ha tenido su sede la peña taurina decana de Córdoba, el Club Calerito. Esta peña fue fundada en el año 1948 por un grupo de aficionados seguidores de Manuel Calero *Calerito*, torero nacido en el municipio cordobés de Villaviciosa que disfrutó de una reconocida trayectoria en la primera mitad de la década de los años cincuenta del pasado siglo, y que falleció en su casa de la Puerta del Rincón, perteneciente al barrio de Santa Marina, el 13 de noviembre de 1960, a los 33 años de edad. El Club Calerito nació en el bar Falín, en el barrio de San Pedro, pero trasladó su sede a la taberna Vidal, en Mayor de Santa Marina, de donde se mudó a Casa Doroteo, en la esquina de Moriscos y Horno del Veinticuatro, y de ésta al número 19 de Moriscos, la antigua Casa Almoguera, cuando la compró el *alma mater* de la peña desde los años sesenta del siglo XX hasta su fallecimiento en 2020, el empresario electricista Enrique Luque Navas.

El Club Calerito, además de por ser la peña taurina decana de Córdoba, se significa en el mundo del toreo por otorgar el trofeo de la Oreja de Oro al novillero triunfador de la Feria de Mayo cordobesa. Este reconocimiento lo han conseguido, desde el año 1958, novilleros que luego han sido primeras figuras del toreo: Paquirri, Dámaso González, Espartaco, El Juli, Fernando Cepeda o Javier Conde se encuentran en su nómina junto a toreros de la tierra como José María

Montilla, El Cordobés, Gabriel de la Haba, Finito de Córdoba, Rafael Jiménez González *Chiquilín* y José Luis Moreno, entre otros.



Antigua taberna Casa Almoquera en la calle Moriscos esquina a Valencia, donde estuvo la peña de Calerito. (Foto J. L. Blasco).

Aceituno es, según don Teodomiro, “nombre muy antiguo y que se cree oriundo de unas familias dedicadas á la compra y venta de aceitunas; forma dos ángulos, y desde ellos se llama del Huerto de San Agustín, el que allí tenía su puerta: antes se llamó del Horno de San Agustín, por la misma razón, y termina en el Compas [...] tuvo una calleja llamada de Orohilo. Desde este sitio al Cementerio de Santa Marina hay otra callejuela y una plazoletilla que se ha llamado del Tinte, por uno que hubo en aquel punto, y en el último arreglo le pusieron de los Tafures...”. El tiempo ha alterado poco el paisaje descrito por Ramírez de Arellano hace 150 años: la bocacalle primera que se encuentra el paseante viniendo desde Moriscos es Tafures y desemboca en la plazuela del mismo nombre –antes llamada cementerio de Santa Marina–; Aceituno hacia el sur tiene una doble salida a Huerto de San Agustín.

El grupo de calles que forman Tafures, Aceituno, Huerto de San Agustín, Almorávides, Alonso Gómez de Sandoval, San Isidro y Ángel María de Barcia constituye uno de los remansos de paz que se pueden disfrutar en Santa Marina. Son calles sin circulación de automóviles o, como mucho, con permiso para acceso a cocheras, por tanto, edén de silencio, de tranquilidad, tanto para paseantes como mora-

dores. No predomina en ellas un modelo de vivienda determinado. Al contrario, hay variedad: se encuentran casas unifamiliares independientes de arquitectura reformada y de nueva construcción, bloques de unifamiliares adosadas, bloques de pisos e, incluso, se mantiene en pie alguna vieja casa de vecinos. Eso sí, sin rebasar las dos plantas de altura.



Fachada de la iglesia de San Agustín y busto del cantor de Córdoba Ramón Medina, trasladado a un ángulo de la plaza a raíz de su remodelación en 2015. (Foto MC).

El paseante opta por buscar una sombra reparadora para descansar bajo las jacarandas de la remodelada y acogedora plaza de San Agustín, en una mesa de la terraza de la cafetería La Crema. Es un sitio ideal para hacer parada y reponer fuerzas para continuar el paseo. El establecimiento abrió sus puertas en 1976 como heladería solamente. Desde 1990 su dueño amplió la actividad a cafetería. En el lado oeste de la plaza, la terraza de La Crema es un buen observatorio de gentes que van y vienen de San Lorenzo o del Realejo, si bien San Agustín ya no es lo que era. Esta parte del barrio ha perdido el bullicio que tuvo no hace más de una década. Eran tiempos en los que vecinos autóctonos y de barrios cercanos como San Lorenzo, la Magdalena y San Andrés hacían sus compras en las tiendas de la plaza, de la calle San Agustín y de la calle Dormitorio –Obispo López Criado–.

“Esto era una feria”, recuerda con nostalgia Juan Francisco González, propietario de La Crema, aunque él no se queja ante la notable merma comercial que ha sufrido San Agustín porque a su establecimiento le ha beneficiado la remodelación realizada en la plaza, gracias a la cual, y debido a la terraza, ha incrementado la clientela. En la actualidad quedan pocas tiendas abiertas. El comercio de cercanía del barrio ha claudicado ante el empuje de las grandes cadenas. Tampoco

pasan por la plaza trabajadores de talleres de joyería, que hace poco abundaban en el barrio. La jubilación de viejos orfebres sin relevo generacional, las crisis económicas que tanto han mermado el negocio, la competencia de países emergentes y la puesta en marcha y consolidación del Parque Joyero como epicentro de la producción joyera han reducido hasta la casi desaparición el número de estos pequeños talleres.

La plaza de San Agustín fue sometida en 2015 a una profunda reforma integral: el suelo se dispuso a un solo nivel, se eliminaron aparcamientos, se restringió el tráfico en sus viales sólo para el acceso a cocheras –excepto el de la parte sur–, se reordenó todo el espacio y se le dotó con nuevos elementos vegetales como las jacarandas –que sustituyeron a los plátanos de sombra– y plantas aromáticas como jazmines y damas de noche, se hizo en la parte norte una estupenda fuente de mármol con cinco surtidores, se mantuvo como guardián de lugar tan castizo a Ramón Medina –inmortalizado en el busto que el Cantor de Córdoba tiene en la plaza desde el año 1966–, se renovó el alumbrado, pero, sobre todo, se convirtió, por sus dimensiones y diseño, en ejemplo paradigmático de solería típica su empedrado de chino cordobés, enmarcado en su perímetro por losas del mismo mármol que la fuente. Para que la plaza luzca con más esplendor será necesaria la renovación arquitectónica de los cinco edificios cerrados y abandonados –uno de ellos, de la Junta de Andalucía– que estropean la vista del lugar en la actualidad.

Cuando Aprisa, la Junta y Cajasur salvaron la iglesia

Desde la terraza de La Crema se puede admirar en el lado este de la plaza la hermosa fachada de la iglesia de San Agustín, en la que destaca la portada principal, con “vano adintelado enmarcado por columnas sobre las que apoya un entablamento coronado por frontón partido”, según explican María Teresa Dabrio y María Ángeles Raya en la obra *Córdoba capital*, editada en 1994 por el diario *Córdoba* y la Caja Provincial de Ahorros. “En el centro –sigue la descripción de Dabrio y Raya– hay una hornacina con la imagen del titular rematada por frontón curvo y flanqueada por escudos. Completan la decoración de la fachada dos puertas que comunican con las naves laterales; éstas son adinteladas y van rematadas por frontón partido con pinjantes y en

el centro una cartela con escudo”. La fachada principal está coronada por el campanario con sus dos cuerpos de campanas. ¿Y dentro? Sublime belleza: la maravillosa joya del barroco cordobés afortunadamente recuperada gracias al Programa *Andalucía Barroca* de la Junta que en 2007 rescató al templo de la ruina y ha conseguido que reluzca de nuevo con el aspecto que tenía tras la gran reforma a que fue sometido en el siglo XVII. Pero desde su cierre en la década de los años setenta del siglo XX hasta llegar a abrir de nuevo sus puertas al culto y a la admiración de sus visitantes en el año 2009 pasó un largo tiempo de incertidumbre en el que se llegó a temer por su hundimiento.



Vista interior de la iglesia de San Agustín tras su restauración. (Foto. J. L. Blasco).

El templo de San Agustín se salvó gracias a la tenacidad de un grupo de cordobeses, encabezado por José García Román, con un amor excepcional a Córdoba, que lo mismo le ha llevado a fundar el Córdoba Fútbol cuyo primer equipo, el Córdoba Patrimonio de la Humanidad, figura en la élite del fútbol-sala español, que a constituir, junto a Llano Toledo, vecina de la plaza de San Agustín, el abogado Julián Hurtado y el arqueólogo Antonio Monterroso –en aquel momento estudiante de Historia del Arte como García Román– la Asociación Pro-restauración de la Iglesia de San Agustín (APRISA) en el año 1995. A la asociación se sumaron otros compañeros de estudios de Monterroso y García Román. En el origen de la asociación cita una visita de su grupo de Historia del Arte al templo en la que los estudiantes comprobaron el estado lamentable que presentaba, “con riesgo incluso de hundirse”, recuerda García Román, que concreta que “el pensamiento mayoritario tras la visita es que había que actuar para salvar esta joya del barroco”.



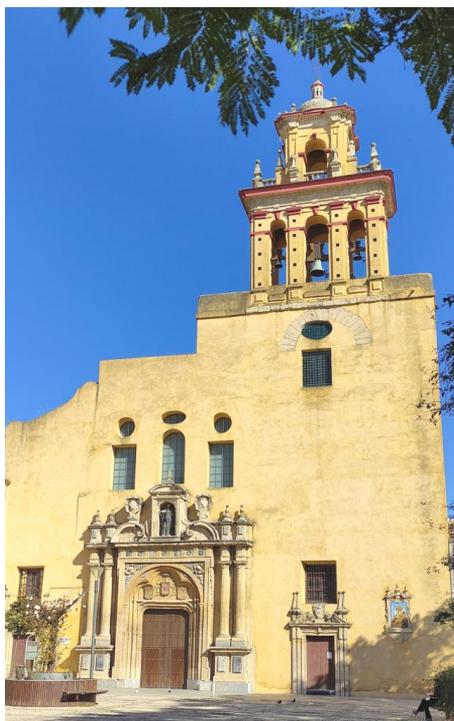
Bóveda de la nave central de San Agustín, revestida de yeserías y pinturas alusivas al Credo. (Foto J. L. Blasco).

La asociación inició acciones para implicar a la sociedad y a las instituciones públicas en la recuperación del templo. Aprisa organizó el sábado 17 de abril de 1999 una jornada de puertas abiertas en la que los cordobeses interesados en conocer el interior de la iglesia tenían que acceder con precauciones ante los riesgos que presentaba el edificio. “Conseguimos cascos de seguridad para que la gente los usara para ver la iglesia”, rememora García Román. La iniciativa de Aprisa tuvo éxito: decenas de cordobeses hicieron cola para ver el interior de San Agustín. Las gestiones ante la congregación de los dominicos y el Obispado no obtuvieron buena respuesta: tanto la orden como la institución principal de la iglesia en Córdoba reconocieron que no tenían capacidad económica para acometer la restauración. Ante estas circunstancias, Aprisa llamó a las puertas de la Junta y de Cajasur y entonces sí recibió respuestas positivas. Un convenio entre la Junta y Cajasur y la creación del Programa *Andalucía Barroca* hizo viable, con una inversión de unos 3,6 millones de euros, la recuperación de San Agustín.

Desde el año 2007 hasta su reapertura en octubre de 2009, “en todo un despliegue, un grupo de restauradores ha actuado sobre las ricas yeserías, pinturas murales, el variado conjunto retablístico que amuebla el templo, los frontales de altar de mármol, la carpintería del coro y el púlpito de madera, y con arriesgada decisión también se reconstruyó la decoración de la torre del campanario. Además, como en to-

das las obras de esta índole, han surgido sorpresas, se han descubierto nuevas pinturas murales bajo encalados y repintes pertenecientes al siglo XVII”. Marina Ruiz Gutiérrez, conservadora y restauradora de bienes culturales y técnica asesora de la Delegación de Cultura de Córdoba (2007-2013), que participó en los trabajos de restauración del templo, sintetiza de esta forma la intervención llevada a cabo entre 2007 y 2009 para recuperar San Agustín en un artículo publicado en 2010 en el número 12 de *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*.

Un informe técnico requerido por la asociación pro-restauración señalaba que el edificio no se hundió gracias a las dos intervenciones que llevaron a cabo el Ministerio de Cultura (1982) y la Junta de Andalucía (1988). En la primera se sustituyeron las cubiertas de la nave central, crucero y lateral sur y se reforzó el forjado del coro y el muro sur. En la segunda se sanearon humedades, apuntalaron y zuncharon los pilares de la bóveda sur del crucero y se reforzaron yeserías. Pero fue el empeño ciudadano el que salvó uno de los templos fernandinos más interesantes de Córdoba.



La fachada de la iglesia de San Agustín rematada por la espadaña preside la plaza de su nombre. (Foto MC).

La liberación del fantasma de San Agustín

San Agustín pertenece a la collación de Santa Marina. Su historia se remonta al año 1328. El convento fue fundado por Fernando III en el Campo de la Verdad. Los frailes pidieron más tarde asentamiento dentro de las murallas de la ciudad y ocuparon unos terrenos junto al Alcázar, pero por poco tiempo, como cuenta Ramírez de Arellano, “puesto que en 18 de Febrero de 1328, tratando Alfonso XI de edificar

el Alcázar donde antes estuvo el de los Reyes árabes, le compró á los Agustinos el terreno y parte fabricada, donándoles á la vez el sitio en que aun permanece la iglesia, que en aquellos tiempos debió llamarse calle de Martín de Quero, que algunos suponen sea la del Dormitorio, toda vez que entre los frailes subsistía el antiguo adagio de ‘estuvimos vagando de otero en otero, hasta parar en la calle de Martín de Quero’. Nos inclinamos á que esta sería la de las Rejas de D. Gomez, siguiendo hasta la esquina del Pozanco, puesto que en el terreno donado al convento entraba el Compás y el que ocupa la fila de casas entre éste y la calle del Dormitorio, que todas fueron de aquella comunidad”.

Esta descripción de don Teodomiro da una idea de la dimensión de los terrenos ocupados por el convento. Las construcciones primeras se realizaron en 1328 y en el siglo XVII, siendo prior Pedro de Góngora, se llevó a cabo una reforma importante que transformó el templo: perdió su fisonomía medieval para convertirse en paradigma del barroco, aspecto que ha recuperado con la restauración. San Agustín pasó otro mal trance en el siglo XIX, como consecuencia de la invasión francesa. El ejército francés expulsó a los frailes y convirtió el templo en almacén de paja para su caballería. Según Ramírez de Arellano, “destrozaron muchas de sus pinturas, principalmente una del techo de la nave de la epístola, donde hicieron un agujero para subir la paja al coro y tras coros”. Tras la Guerra de la Independencia, los frailes recuperaron el convento. En 1903 el Obispado cedió la propiedad a los dominicos. La iglesia cerró sus puertas en 1974. Así estuvo durante 35 años.

En el artículo ya citado la restauradora Marina Ruiz menciona “sorpresas” descubiertas durante los años que duraron los trabajos de rehabilitación del templo. Una de ellas, ya contada, son las pinturas murales descubiertas bajo encalados y repintes. Otra de las sorpresas que encerraba San Agustín puede tener su sitio destacado en esa Córdoba misteriosa que promueve y enseña el escritor y empresario José Manuel Morales Gajete. Marina Ruiz cuenta que la recuperación del templo ha supuesto la liberación de un fantasma, “y digo bien, al denominar con este calificativo al duende, sombra o espectro que durante casi tres años ha estado presente en los trabajos” de restauración. Y no habla de una sensación personal, sino de una experiencia vivida por el grupo de restauradores y conservadores que, sin excepciones, “han sentido pasar su corriente fría, su susurro, su carcajada y algunos

dicen que han oído un desconsolado llanto”. El fantasma tenía días buenos y malos, había jornadas en las que se oían risas y ecos de cantos celestiales y otras de corrientes extrañas pasando por la nuca. “A medida que avanzaban los trabajos y se iba recobrando la luminosidad e intensidad cromática de los materiales propios de las pinturas, el resplandor de los yesos, el brillo metálico del pan de oro y la recomposición formal y figurativa de las abigarradas yeserías, entonces el aire que se respiraba era optimista y las carcajadas del fantasma, más evidentes y sonoras”. No cundió el pánico entre los trabajadores, que aprendieron a convivir con él. “Quiero pensar –interpreta Marina Ruiz– que no se trataba de un espíritu que sufrió hace mucho tiempo en los muros de la iglesia y que aún vagaba buscando su descanso eterno, sino que era el propio edificio, que reclamaba su recuperación, su reapertura, su liberación”. Contado queda.



Devotos y curiosos ante el altar de la Virgen de las Angustias, obra del artista cordobés Juan de Mesa, grupo escultórico que retornó a su barrio en 2014. (Foto. J. L. Blasco).

La recuperación de la iglesia supuso también la vuelta al barrio de la hermandad más antigua de la Semana Santa cordobesa, la de las Angustias. Fue fundada en el convento de San Agustín en el año 1558. En 1961, los dominicos tapiaron la puerta por la que salía el paso para realizar la procesión de Semana Santa y la hermandad, a la que no convenía ninguna de las alternativas que se plantearon para seguir saliendo desde San Agustín, decidió, según la web *Córdoba Cofrade*, el traslado a la iglesia de San Pablo, donde ha permanecido durante 53 años, hasta 2014. El 22 de diciembre de 2013, el cabildo de hermanos de las Angustias decidió el retorno al lugar donde nació con un respal-

do de más del 70 por ciento. La histórica vuelta del paso con la imagen realizada en 1626 por el escultor cordobés afincado en Sevilla Juan de Mesa se produjo el 15 de marzo de 2014. Aquel día, en la antesala de la Semana Santa, miles de cofrades y devotos cordobeses fueron testigos felices del regreso de las Angustias desde San Pablo a San Agustín. Las Angustias ha reforzado su vínculo con San Agustín no sólo con la vuelta al templo, sino con la ubicación de su casa de hermandad en el número 7 de la calle San Agustín –el convento tiene doble dedicatoria en el callejero cordobés: plaza y calle–, colindando con la iglesia.

El paseante, antes de salir de San Agustín, recuerda que tanto su calle como su plaza son escenarios del Carnaval, otra de las tradiciones populares arraigadas en el cordobesismo. El Carnaval popular tiene su espacio callejero entre las plazas de San Agustín y San Juan de Letrán –ésta en San Lorenzo–, unidas para compartir estos festejos por las calles San Agustín y Montero, desde tiempos que se pierden en la memoria. Durante la dictadura del general Franco, San Lorenzo y San Agustín se convirtieron en refugio para los cordobeses que se atrevían a desafiar la prohibición que decretó el régimen sobre la fiesta y salían a la calle con máscaras de forma furtiva. La peña Los 8 Amigos, que ha tenido su sede en el número 2 de la calle San Agustín, consiguió un merecido reconocimiento por sus potajes del Domingo de Piñata. Esta misma peña, desde finales de la década de los ochenta del siglo XX hasta entrado el nuevo milenio, ha organizado animadas verbenas con motivo del día de San Agustín, el 28 de agosto. Pero la energía de peñistas como José Delgado Centella fue menguando a medida que él y sus compañeros fueron cumpliendo años. En la actualidad sólo una inscripción en la puerta de la que ha sido su sede recuerda el paso de una peña tan animosa por San Agustín.

Cine de verano y patios

Para continuar el recorrido por Santa Marina el paseante toma la calle Rejas de Don Gome, que marca el límite del barrio con el de San Andrés según la división determinada por la Gerencia Municipal de Urbanismo, y gira en la primera calle a la derecha, Zarco, “llámase así –dice Ramírez de Arellano–, de aquella cualidad de uno de sus antiguos moradores, el que á la vez era el mas visto de toda la calle, que



Fachada del cine Olympia de verano, en la calle Zarco, ahogada por vehículos. (Foto MC).

de esto tomó el nombre de Zarco, con que la encontramos hasta el siglo XV, á donde hemos podido llevar nuestras pesquisas”. En el recodo que se forma hacia la mitad de esta calle se encuentra la terraza de verano del cine Olympia, en la que el empresario cinematográfico Martín Cañuelo ha mantenido el interés de los cordobeses por esa otra tradición de las noches de verano hasta su fallecimiento en la primavera de 2023. El cine Olympia abrió sus puertas el 8 de junio de 1947 con el nombre, precisamente, de cine Zarco, con la proyección de la película *Bodas blancas*, con Claudette Colbert y Fred McMurray. El cine ocupó el terreno de un huerto familiar y lo abrió la misma empresa que regentaba en aquella época el cine Góngora. En 1961 fue adquirido por la empresa Sánchez Ramade y en 2003 pasó a gestionarlo Esplendor Cinema. En la fiesta de las Cruces, el recinto del cine acoge la cruz de la hermandad de la Esperanza, originaria de Santa Marina y con sede canónica en San Andrés desde 1985. A este recodo da también una puerta del Palacio de Viana que comunica con el invernadero y el patio de los Jardineros.

Cerca del cine Olympia, en el número 20 de la calle, pervive protegida por una iniciativa municipal, pero cerrada y abandonada, una piscina pública de uso exclusivo para niños y mujeres. La piscina fue muy concurrida en las décadas ya lejanas de los sesenta y setenta del siglo XX. La calle es también sitio de referencia en la Fiesta de los Patios; el de la casa número 15 es un participante habitual del concurso. A excepción de la casa del citado número 20, la calle presenta un aspecto arquitectónico renovado en sus edificios. Por el lado norte, Zarco termina en la confluencia con las calles Morales y Tafures y la plaza del

Rector, en la que se impone la sólida planta de la torre renacentista –construida por Hernán Ruiz II– de la iglesia de Santa Marina, sobre la que más adelante se ocupará este paseo.

Ahora, el paseante toma la calle de la izquierda, Morales, que le lleva hasta la plaza de Don Gome, en la que tiene su entrada principal el Palacio de los Marqueses de Viana, cuyo origen se remonta al siglo XIV. Sobre los propietarios de la casa, ante las dudas que ha generado “la aglomeración de mayorazgos, títulos y señoríos en la Casa de Villaseca”, don Teodomiro las aclara: “[...] la casa en que nos encontramos es la principal ó solariega



Una pareja de turistas charla con su guía en la puerta principal del Palacio de Viana. (Foto J. L. Blasco).

de los Suárez de Figueroas, aunque en su origen venga de una de las ramas de los Córdobas, como otras muchas con quienes enlazaron, y ciertamente se puede así consignar por la multitud de datos que lo prueban, como la fundación y patronato del convento de Santa Isabel de los Ángeles, el de la capilla de Ntra. Sra. de las Angustias en San Agustín, la *Historia de la Casa de Cabrera* escrita por el P. Ruano y, por último, con la prueba fehaciente que nos dan los padrones antiguos custodiados en el Archivo del Ayuntamiento, en los que hallamos á los señores Suárez de Figueroas habitando estas casas, y á las calles inmediatas y plazuela tomando siempre el nombre de cualquiera de los individuos de esta familia. El apellido Villaseca es de los que tienen unidos de mas antiguo por enlace con los Figueroas, y lo han usado indistintamente, pues es muy sabido que antes se elegía el que mas gustaba entre los cuatro primeros, siempre que fueran de los más ilustres. Los mismos Suarez de Figueroas se llaman muchas veces Gomez de Figueroa [...]”.

En 1980 la Caja Provincial de Ahorros consiguió la compra del palacio y sus colecciones. Francisco Solano Márquez cuenta de manera

sucinta en el tomo 4 de la obra *Córdoba capital*, editado por Cajasur y distribuido por el diario *Córdoba*, la historia de la adquisición del palacio “cuando doña Sofía Lancaster pretendió vaciarlo de las colecciones artísticas que había ido acumulando durante años con dinero y gusto”. La caja, “presidida entonces por Miguel Manzanares, abanderó una hábil negociación que se saldó con la compra de la casa y sus colecciones —salvo la plata, que ya había volado— en 1980, por una renta vitalicia que sólo hubo que pagar tres años. Una lotería, piensan los cordobeses”. Gracias a esta gestión, Córdoba salvó los muebles del palacio, literalmente, y abrió las puertas para que cordobeses y visitantes pudieran admirar el museo de artes decorativas que atesoran en su interior las paredes de esta casa nobiliaria y el museo de la naturaleza que regalan sus patios a los sentidos: Patio de Recibo, del Archivo, de la Capilla, de la Cancela, del Pozo, de la Alberca, de los Jardineros, de la Madama, de los Naranjos, de los Gatos, de las Rejas —este visible desde la calle Rejas de Don Gome— y de las Columnas. Del traslado de muebles y obras artísticas a otros dominios de los dueños del palacio ya hacía denuncia Teodomiro Ramírez de Arellano en *Paseos por Córdoba* hace 150 años: “Cuando moraban en ella los espresados señores [marqueses de Villaseca], había un magnífico mueblage que se han ido llevando y en él algunos cuadros de mérito, entre ellos seis u ocho batallas, que están en la casa de Madrid”. Se ve que los antiguos dueños eran aficionados a este tipo de mudanzas desde hace tiempo.

En la actualidad, el Palacio de Viana pertenece a la Fundación Cajasur, que lo utiliza como principal espacio para las actividades culturales que organiza, a la vez que es un aliciente importante, como Museo de los Patios, de la oferta turística de Córdoba. La superficie que ocupa el Palacio de Viana es superior a 6.500 metros cuadrados, según indican María Ángeles Raya y Juana Márquez en el tomo 2 de la referida *Córdoba capital*. Raya y Márquez hacen esta descripción: “La planta del conjunto es muy irregular, ya que no responde a un trazado unitario, sino que ha ido creciendo según las circunstancias lo han requerido, conociéndose documentalmente que al núcleo originario del siglo XIV se le han añadido otras casas colindantes con sus respectivos patios. Ello ha contribuido al aspecto y configuración actual del palacio, distribuido en torno a 12 patios y un jardín.

Dentro de este conjunto cabe destacar la escalera principal, que permite acceder a la parte alta de la casa. Es de planta cuadrangular, de un solo tiro de dos tramos; en el primero va labrado el escudo de los Fernández de Córdoba y Figueroa. Se cubre por un artesonado mudéjar de finales del XVI. Su estética puede relacionarse con la obra de Juan de Ochoa [...] El exterior del palacio es muy sobrio, presentando una fachada enalada, de dos plantas, con balcones y ventanas con rejas, en la que sobresale una interesante portada de piedra en ángulo. En ella destaca el cuerpo superior decorado con figuras de guerreros; es de finales del XVI y se atribuye a Juan de Ochoa”.



Perspectiva de la escalera renacentista del Palacio de Viana, que en el rellano superior adopta una composición serliana. (Cortesía Arte en Córdoba).

María Ángeles Raya y Juana Márquez se extienden detallando la rica variedad del mobiliario y la decoración que luce en el interior del palacio. Con respecto a los patios, escriben: “Dentro del edificio hay que destacar las zonas abiertas en las que sobresalen un jardín y 12 patios, ofreciendo una bella sinfonía de luz y color; cada uno de ellos tiene sus características y recibe el nombre, precisamente, de aquello que le diferencia con respecto a los demás, ya que muestran una decoración floral distinta”. El Palacio de los Marqueses de Viana es un lugar de obligada visita tanto para el paseante autóctono como para el turista.

Del sosiego al ajeteo

Frente a la plaza de Don Gome, partiendo desde la calle de Santa Isabel, comienza la calle Jurado Aguilar, que en dirección oeste se cruza con Imágenes y termina en Zamorano. Paralelas a Jurado Aguilar están Espejo –a la izquierda, según se mira desde la plaza de Don Gome– y Obispo Alguacil –a la derecha–. Estas son más cortas, terminan

en Imágenes. Desde Zamorano sale la calle Mateo Inurria, que enlaza Santa Marina por esta parte con Alfaro, Cuesta del Bailío y Puerta del Rincón. Obispo Alguacil, Jurado Aguilar, Espejo, Imágenes, Zamorano y Mateo Inurria son calles estrechas, la circulación de los vehículos a motor sólo está permitida para el acceso de los residentes a las cocheras. Las casas, de dos plantas, ofrecen una fisonomía arquitectónica renovada. Predominan las unifamiliares independientes, un buen número de ellas con patio, si bien suele ser de pequeñas dimensiones. Este grupo de calles es otra reserva de silencio de Santa Marina.

En la calle Imágenes tiene su sede la Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí. Fundada en 1998 como organismo autónomo de la Diputación de Córdoba, su objetivo es promover el interés por las artes visuales, mejorar las oportunidades de los artistas en la provincia de Córdoba y explorar conexiones entre el arte contemporáneo y la sociedad. Gestiona la Colección Botí con el propósito de hacerla accesible y desarrolla programas de educación, difusión e investigación de las artes plásticas. La fundación cuenta en la calle Manríquez, en la Judería, con el Centro de Arte Rafael Botí, donde programa exposiciones.

El paseante, tras comprobar la tranquilidad que se respira en esta parte de Santa Marina, buscará la calle de Mateo Inurria para subir su cuesta y salir a la confluencia de Alfaro, Cuesta del Bailío y Puerta del Rincón. El contraste es significativo: del sosiego al permanente flujo de vehículos con dirección al Ayuntamiento y a su entorno comercial y residencial. El ruido es un suplicio contra el que se rebelaron los vecinos, tras la reforma de la calle llevada a cabo en el año 2005, hasta conseguir que en 2012 se acometieran obras para el alisamiento del pavimento de adoquines con el objetivo de reducir un 30 por ciento del ruido que provocaba la circulación, que en ese tiempo se vio incrementada al peatonalizarse la calle Cruz Conde. Pero el tráfico por este eje, diez años después, sigue siendo una asignatura pendiente de resolver.

El paseo se dirige hacia el norte. Cuando se sale de Mateo Inurria, a un par de centenares de metros a la derecha, la plaza Puerta del Rincón hace de punto de encuentro de la propia calle que lleva su nombre —y que enlaza con Alfaro en la Cuesta del Bailío y con la plaza de Colón por el oeste—, la calle Adarve, el pasaje del Conde de Priego e Isabel Losa. En la esquina noroeste de dicha plaza el nombre de los cines Isabel la Católica se mantiene aún en la fachada del edifi-

cio –en su última etapa, hasta su cierre en el año 2007, funcionó como sala multicines tras la reforma a la que fue sometido a principios de los años noventa del siglo XX– y recuerda un pasado esplendoroso como espacio de ocio que presumió, según la web *Cordobapedia*, de ser la sala con la entrada más barata de España. Un cartel de empresa inmobiliaria muestra desde entonces sin éxito la disponibilidad del local para continuar teniendo actividad comercial.



'La Regadora', escultura de José Manuel Belmonte en la Puerta del Rincón, un lugar muy fotografiado por los turistas, y perspectiva de la calle Puerta del Rincón, perteneciente al barrio de Santa Marina. (Fotos J. L. Blasco).

En la fachada lateral de la casa número 9 de Puerta del Rincón, frente al cine y al pie del torreón de planta octogonal del siglo XIV adosado al lienzo de la muralla nororiental de Córdoba, la escultura de una mujer regando macetas, obra del artista José Manuel Belmonte, ha convertido este espacio en uno de los más fotografiados de la ciudad. *La Regadora*, nombre con que se conoce la escultura, es un homenaje a las cuidadoras de los patios cordobeses, tradición en la que Santa Marina tiene un papel destacado, tanto por la cantidad de recintos que participan en el concurso de mayo –el barrio ocupa en exclusiva una de las rutas en que se organizan los recorridos– como la calidad de los mismos, reconocida con la concesión de premios de manera habitual; Marroquíes 6 en arquitectura antigua y Tafures 2 en arquitectura moderna, por ejemplo, figuran entre los ganadores del concurso.

Por Isabel Losa continúa este paseo. En el número 8, la empresaria Matilde Jiménez abrió en el año 2002 su hotel con encanto Casa de los Naranjos. El establecimiento, con una veintena de habitaciones, se encuentra en una casona reformada de tipo andaluz del siglo XIX. La casa número 10, que hace esquina con Imágenes, es propiedad de la bailaora Concha Calero y del guitarrista Rafael Rodríguez *Merengue de Córdoba*. Aquí tuvieron abierta su academia, que ha sido referencia a nivel nacional, y de sus clases, durante décadas, han salido bailaoras

y guitarristas con una formación flamenca sólida. Tanto Concha Calero como Merengue de Córdoba, ya retirados y residentes ahora en la zona de San Cayetano sin olvidar su vinculación con Santa Marina, han sido figuras del flamenco. Concha tiene el primer premio de baile del Concurso Nacional de Arte Flamenco de Córdoba (1983), entre una extensa lista de reconocimientos. Rafael ha acompañado a las primeras figuras del cante y del baile flamenco y ha sido guitarrista oficial de una amplia relación de concursos nacionales.

El paseante sigue en dirección a la calle Santa Isabel mientras, a su pregunta, le recuerda un residente que fue en el año 2005 cuando se instituyó la costumbre de adornar la calle Imágenes y alguna adyacente con obras realizadas por los propios vecinos con materiales reciclados. En la imaginativa iniciativa los colores tienen un papel fundamental: las obras, que cuelgan de ventanas y balcones, producen un efecto visual muy agradable.



Antiguo convento de Santa Isabel de los Ángeles, en la confluencia de la calle Isabel Losa con Santa Isabel, vendido en 2016 para convertirlo en hotel, pero el proyecto se frustró y el cenobio vuelve a estar en venta. (Foto J. L. Blasco).

San Pancracio se muda a la iglesia de Santa Marina

En el número 13 de la calle Santa Isabel se encuentra la entrada principal del conocido como convento de Santa Isabel de los Ángeles, que en el siglo XIX ocupaba toda la manzana formada entre Isabel Losa, Santa Isabel, Conde de Priego y plaza Puerta del Rincón. Y así

lo ratifica don Teodomiro en *Paseos por Córdoba*: “[...] existe una manzana, que en su totalidad la ocupa el convento de monjas franciscas recoletas, titulado Santa Isabel de los Ángeles; lo fundó en 1489 la Sra. doña Marina de Villaseca, hija de Alonso Fernandez de Villaseca, á quien armó caballero el Rey D. Fernando IV, y viuda del valiente García de Montemayor: á este objeto dedicó sus propias casas, calle de Valderramas, esquina á la de Sol, hoy parte del convento de Santa Cruz; en ellas vivió la fundadora, acompañada de otras señoras devotas y de su clase, constituyendo solo un beaterio, si bien sujeto en la observancia á la regla de San Francisco; de este modo continuaron hasta conseguir del Papa Inocencio VIII, la primera regla de Santa Clara [...]; en ella se les concedió á la vez la traslación del monasterio al lugar que hoy ocupa, antigua ermita de la Visitación de la Virgen, la cual, andando el tiempo, quedó en el interior por haberse labrado iglesia nueva á costa, en su mayor parte, de D. Luis Gómez de Figueroa, á quien reconocieron el patronato con enterramiento [...]. En aquel panteon se han enterrado muchos señores de la Casa de Villaseca”.

Esta vinculación de la casa de Villaseca al convento desde el origen cobró actualidad en 2016, a raíz de su venta por 4,5 millones de euros a una empresa para la construcción de un hotel de cuatro estrellas. La abadesa expuso como causa para venderlo la edad avanzada de las hermanas y la imposibilidad económica de seguir manteniendo el edificio. El decimotercer marqués de Villaseca, Eduardo Cabrera Muñoz,

reaccionó a la venta interponiendo una demanda contra las clarisas, reivindicando el papel histórico de la familia y sus vínculos con el convento, al considerar que incumplía su fin fundacional,



Tras el cierre del convento de Santa Isabel de los Ángeles la imagen de San Pancracio se trasladó a la cercana iglesia de Santa Marina, a donde acuden ahora sus devotos, especialmente los miércoles. (Foto J. L. Blasco).

que pretendía que se preservara. Los tribunales desestimaron la demanda. Sin embargo, la empresa que adquirió el convento también ha renunciado a hacer el alojamiento, pues ha optado por la ampliación del establecimiento de su propiedad que tiene en la plaza de Las Tendillas, el hotel Palacio Colomera, con la compra del edificio colindante de la calle Duque de Hornachuelos. De esta forma, el convento de Santa Isabel de los Ángeles está de nuevo en venta.

La venta propició también la apertura de un expediente por parte de la Consejería de Cultura de la Junta para su declaración como Bien de Interés Cultural (BIC) y su inclusión en el Catálogo General del Patrimonio Histórico andaluz. El trámite se culminó en poco tiempo. Para la declaración de BIC fue básico el informe realizado por el historiador del arte Francisco Mellado, quien, reconociendo que todo el interés del conjunto radica en la iglesia, justificó la declaración de todo el convento por sus valores históricos, por el interés de su ubicación en el núcleo urbano y por el perfil y la volumetría de la manzana que genera. Dice Mellado en su informe: “El templo presenta un interés arquitectónico y artístico fuera de toda duda, ya que en la construcción del edificio intervinieron importantes arquitectos como Juan de Ochoa y Sebastián Vidal. Asimismo, destaca el altar mayor presidido por un relieve de la Visitación de la Virgen a Santa Isabel obra del escultor sevillano Pedro Roldán. Además de su inherente valor artístico, el conjunto presenta un importante valor antropológico vinculado a la devoción popular de la ciudad, al venerarse en la iglesia la imagen de San Pancracio”. El convento ocupa más de 4.400 metros cuadrados de terreno.

Las monjas se marcharon cuando culminaron su venta. Antes de cerrar el convento, las clarisas retiraron todo el patrimonio mueble excepto el de la iglesia, cuyas obras trasladaron a los conventos de la misma orden que se encuentran en Córdoba –los de Santa Cruz y Montilla–, Sevilla y Granada. Las obras de arte vinculadas a Córdoba, como son la Virgen de las Navas, el relieve del Nacimiento, de Pedro Roldán, y el Niño del Mayorazgo, quedaron depositadas en el convento de Santa Cruz. Por su parte, San Pancracio se mudó –junto con las imágenes del Nazareno y la Dolorosa– en el mes de enero de 2017 a la iglesia de Santa Marina, donde sus devotos pueden verlo cualquier día de la semana, aunque la tradicional visita de los miércoles para pedirle salud y trabajo mantiene los afectos y alguna costumbre de ese día

perdura. Los miércoles de San Pancracio en los tiempos de residencia del santo en el convento servían para que las monjas ofrecieran sus dulces. Ya no es posible, la venta del edificio supuso la desaparición del horno conventual dedicado a la elaboración de dulces. En cambio, a la puerta de Santa Marina –como cada miércoles, antes en el convento– se mantiene Luisa atendiendo su puesto de flores, al frente del cual lleva cuarenta años.

Un templo con aspecto de fortaleza



Fachada de la iglesia fernandina de Santa Marina, cuyos contrafuertes le dan aspecto de fortaleza. (Foto J. L. Blasco).

Y a un paso del convento de Santa Isabel el paseante encuentra la imponente iglesia de Santa Marina, en la plaza a la que da nombre. Muchos son los autores que coinciden en reseñar el aspecto de fortaleza que tiene esta iglesia, por la solidez que proporcionan los contrafuertes de su fachada principal. Santa Marina forma parte de las catorce iglesias fundadas por el rey Fernando III tras la conquista de Córdoba, conocidas como fernandinas. María Teresa Dabrio y María

Ángeles Raya describen el templo en el tomo 2 de *Córdoba capital* de esta manera: “La iglesia de Santa Marina fue una de las siete fundadas por Fernando III en la Ajerquía tras la conquista de la ciudad [...]. Muestra una planta rectangular de tres naves, sin crucero y triple ábside poligonal precedido por un tramo rectangular [...]. La fachada principal está situada a los pies y muestra la típica forma en hastial articulada por cuatro gruesos machones escalonados que recuerdan la disposición de la fachada de la Catedral de León. La portada, de proporciones cuadradas, está formada por un arco apuntado abocinado, enmarcado por un alfiz que muestra decoración de cintas y va coronado por un tejeroz con modillones. Concluye la decoración de la portada un rosetón de estética gótico-mudéjar. La portada del lado norte es la mejor conservada y su estructura presenta un cuerpo con gablete en resalte enmarcado por contrafuertes decorados con puntas de diamante, que rematan en flores de lis. La puerta es apuntada y la forman una serie de arcos abocinados que apoyan sobre columnillas con capiteles decorados con figuras humanas y animales. Completa la composición una hornacina que cobija una pequeña escultura [de Santa Marina, la titular del templo]. La portada meridional es menos compleja y está formada por un arco abocinado y dovelas lisas”. Santa Marina es la parroquia de mayor longitud de Córdoba.

La iglesia conserva pinturas, entre ellas, las más interesantes son de pintores cordobeses, como el renombrado artista del siglo XVII Antonio del Castillo. El templo fue sometido en el siglo XVII a una gran reforma, siendo obispo Domingo de Pimentel. Santa Marina sufrió las consecuencias de un fuerte terremoto en 1680, cuyos destrozos se arreglaron. El terremoto de Lisboa de 1755 también afectó a la iglesia y fueron necesarias obras para afianzar los muros y la torre. Treinta años después de este terremoto (1785) una epidemia obligó a cerrarla al culto, “porque –cuenta Ramírez de Arellano– sufriendose en aquel barrio mas que en otros una grande epidemia de intermitentes, fueron tantos los cadáveres en ella sepultados, que empezaron á exhalar tantos miasmas, que se creyó perjudicarían á la salud pública. Esta epidemia se juzgó aumentada en aquellos barrios por el arroyo de Santa Marina y San Lorenzo, que pasaba por ellos hasta la rejuela del segundo, y por el que no solo corrían todas las inmundicias que arrojaban los vecinos, sino las del Matadero, que penetraban en la ciudad por un arquillo inmediato á la torre de la Malmuerta á la Lagunilla,

calle Mayor, Santa Isabel, Alamos y demás que hoy tiene la corriente [...]”. La epidemia se reprodujo un año después y en 1789 se consiguió permiso real para realizar obras que pusieran fin al problema de las aguas.

Aunque no hace mención a ellas don Teodomiro, en el siglo XIX había edificaciones adosadas al edificio de la parroquia. Estas edificaciones, o sus restos, se han mantenido unidas al ábside hasta principios del siglo XXI. Pero el empeño de la asociación vecinal Casa de Paso y la respuesta positiva y gestión eficaz de José Mellado, entonces presidente de la Gerencia de Urbanismo, hizo posible que al principio de este siglo se dieran los pasos, en una operación compleja en la que había que efectuar expropiaciones, para liberar el ábside de Santa Marina. El Ayuntamiento adjudicó las obras en el año 2002 y desde 2007 luce a la vista esta parte del templo. La calle abierta en la actualidad está dedicada al compositor carnavalero Miguel Amate, natural del barrio, como se ha referido al principio de este paseo.

Manolete custodia la iglesia



Aspecto de la plaza Conde de Priego, con el monumento dedicado a Manolete y, al fondo, la iglesia de Santa Marina. (Foto J. L. Blasco).

Y frente a Santa Marina, Manolete se muestra vigilante en traje de luces, fundido en bronce por el escultor Manuel Álvarez Laviada, colocado sobre pedestal de piedra proyectado por el arquitecto Luis Moya en el centro de la plaza del Conde de Priego. Un millón de pesetas

y mucha tenacidad por parte del grupo de promotores de la iniciativa – entre los que destacó José Luis de Córdoba, periodista y biógrafo de Manolete– costó sacar adelante el monumento que perpetúa al cuarto Califa del Toreo, figura de trascendencia universal y, además, vecino de Santa Marina hasta que el éxito en las plazas de toros le permitió adquirir un palacete en la avenida de Cervantes. José Luis de Córdoba implicó en el proyecto al torero mexicano Carlos Arruza –quien tiene dedicada una calle en Santa Marina que va desde Mayor a Horno del Veinticuatro– y se pudo organizar un festejo taurino hispano-mexicano en la plaza de Los Tejares, el 21 de octubre de 1951. Se lidiaron 11 toros de diversas ganaderías para el rejoneador Duque de Pinohermoso y para los espadas Gitanillo de Triana, Carlos Arruza, Parrita, Manuel Capetillo, José María Martorell, Jorge Medina, Calerito, Julio Aparicio, Anselmo Liceaga y Rafael Soria *Lagartijo*. El monumento fue inaugurado el 8 de mayo de 1956, “un regalo de los cordobeses a su torero, que supo antes regalar su propia vida”, dijo en el acto el alcalde Antonio Cruz Conde.

Cuando se instaló el monumento aún se mantenían en pie los muros de la casa solariega de los condes de Priego, que hace 150 años, cuenta Ramírez de Arellano, era “del Marqués de Ontiveros y fue la principal de aquel título [conde de Priego]. Es muy capaz y hermosa, reedificada hace pocos años; antes tan abandonada, que hacía 1837 ó 38, trabajó en su estenso y primer patio una compañía ecuestre y gimnástica [...]”. Ocurrió en esta casa una de las escenas mas sangrientas que figuran en la historia de Córdoba y de que, tanto en prosa como en verso, se han ocupado muchos escritores [...]”. Así que procede volver a contarla al modo que lo hizo don Teodomiro.

“En 1449, moraba en ella el Veinticuatro Fernan Alfonso de Córdoba –escribe Ramírez de Arellano–, tercer Señor de Belmonte, con su esposa D^a Beatriz de Hinestroza, á la que adoraba, ignorando el desengaño que en premio de su amor recibiría. Frecuentaban la casa sus primos Jorge y Fernando de Córdoba y Solier, Comendadores en la orden de Calatrava: el primero contrajo relaciones criminales con su prima, en tanto que el otro se entretenía en enamorar á otra Beatriz, doncella, según unos, de la señora, ó prima, como dicen los *Casos raros de Córdoba*, aprovechando la ausencia del que podía y llegó á poner remedio á tantas liviandades, cuando advertido de ellas por un antiguo esclavo ó mayordomo llamado Rodrigo, vino á Córdoba, ob-

servando cautelosamente á D^a Beatriz y sus primos, que como tales frecuentaban la casa casi diariamente”.

Fernan Alfonso de Córdoba, una vez convencido de su deshonra, ideó un plan con su fiel Rodrigo para sorprender a su infiel esposa. Dispuso su partida para ir de caza durante unos días. Sin embargo, volvió por la noche y sorprendió a los amantes en los lechos. “Penetró en la estancia –relata don Teodomiro–, y arremetiendo contra Jorge, que asombrado, apenas intentó defenderse, de un golpe en la cabeza lo dejó muerto en el acto; salióse de allí, y yendo al cuarto de la doncella Beatriz, á quien dio muerte, se lanzó á Fernando que se defendió contra su primo, sin que esto le evitara perder también la vida, como sucedió á otra criada llamada Catalina que acudió al estruendo: tornó á su aposento, y la culpable D^a Beatriz se arrojó a sus plantas, rogándole, no perdón, pues no lo merecía, sino que la permitiese confesar: concedióle esta gracia, y cumplido su deseo, con un sacerdote que Rodrigo trajo de Santa Marina, puso fin á su existencia, clavándole en el pecho la daga pendiente de su cintura”. El noble se marchó a Antequera, donde consiguió el perdón del rey, el 2 de febrero de 1450, en virtud de un privilegio por el que eran absueltos los delitos a quien sirviera en la ciudad del Torcal más de un año y a sus expensas en favor del rey castellano en su guerra contra los moros. El noble volvió a casarse. De su matrimonio con Constanza de Baeza descendieron los condes de Priego.



Terraza del bar La Sacristía, en la calle Alarcón López, uno de los lugares que invitan a tomarse un descanso en el paseo por el barrio. (Foto J. L. Blasco).

La historia y el paseo merecen un descanso. Un sitio recomendable para hacerlo es el bar Santa Marina, en la esquina en la que empieza la calle Mayor. El establecimiento estuvo regentado por Rafael Almo-guera Soler y su mujer Amalia Castillo Fernández desde los años sesenta del siglo XX. Rafael falleció en 1969 y su mujer traspasó el negocio a Rafael Obispo a mitad de los años setenta. En la actualidad, Jesús Murillo, uno de los nietos de Obispo, sigue gestionándolo. En el salón principal del establecimiento el recuerdo de Manolete es dominante: dos vitrinas contienen diversos objetos personales y otros relacionados con su carrera como gran figura del toreo. El paseante puede contemplar desde una mascarilla en escayola del rostro del torero, a una libreta de honor de su época escolar, una cédula personal del Ayuntamiento, fotos de sus últimas horas en el hospital de Linares, banderillas, programas de mano de corridas de toros, entradas, recortes de prensa y hasta la tarjeta con su obituario impresa por la familia a su fallecimiento.

Según Francisco Román, autor de *Las calles de Córdoba*, en el siglo XV ya era conocida esta calle como Mayor de la Puerta del Colodro. A excepción de tres casas, la calle Mayor ofrece un aspecto arquitectónico renovado o nuevo con sus edificios de dos y tres alturas. Subiéndola en dirección a la Puerta del Colodro, a la derecha, se encuentra la calle Alarcón López. La familia Alarcón tuvo desde las primeras décadas del siglo XX una bodega de vinos en la manzana que va desde esta calle a Moriscos. En los años sesenta cedió al Ayuntamiento parte del terreno de la bodega para abrir la calle. Aquí hay dos establecimientos recomendables para recuperar fuerzas y disfrutar los sabores de la cocina tradicional cordobesa antes de concluir este paseo: en el número 10 de Mayor está El Salmorejo y en el número 3 de Alarcón López, la taberna La Sacristía, abierta en 1988 por Francisco Pérez Lozano.

Frente a La Sacristía se encuentra la casa de hermandad de la cofradía del Resucitado, que cada Domingo de Resurrección, si el tiempo no lo impide, pone el broche final en Santa Marina a la Semana Santa de Córdoba. La hermandad, cuyas primeras reglas fueron aprobadas por la autoridad eclesiástica el 1 de junio de 1562 –según documenta Antonio Cantero Muñoz en el libro *El origen de la religiosidad popular en Santa Marina en torno al Resucitado*– y es por este motivo una de las más antiguas de Córdoba, nació en la ermita de los

Santos Mártires, erigida al final de la calle Mayor en 1516 en honor de San Acisclo y Santa Victoria. Posteriormente, donde la ermita se levantó el convento del Colodro, que está habitado en la actualidad por las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada Concepción. La hermandad se reorganizó en el año 1927 a instancias del marqués de Villaseca. Desde el año 1978, cuando montó por primera vez la cruz de mayo en la plaza del Conde de Priego, la hermandad del Resucitado se ha convertido en una de las más pujantes de Córdoba. El éxito de su cruz de mayo, que goza de una gran animación, le ha aportado una prosperidad económica que le ha permitido mejorar e incrementar su patrimonio y desarrollar una importante actividad social en el barrio enfocada a la ayuda a las familias necesitadas.



Azulejos en el zaguán de la casa Marroquíes 6, que testimonian los premios que acumula a lo largo de su participación en el Concurso de Patios. (Foto J. L. Blasco).

Al otro lado de Alarcón López, de la que la separa la calle Mayor, comienza Marroquíes. Con su nombre, el paseante piensa súbitamente en patios. En el número 6 de esta calle los vecinos cuidan y conservan una de las grandes joyas de los patios cordobeses, que cada año preparan para que miles de cordobeses y visitantes admiren su extraordinario encanto. Marroquíes 6 acumula muchas participaciones en el concurso de mayo y es el patio *en activo* que más primeros premios y menciones especiales tiene en la actualidad. Cerca, en la calle Chaparro 3, otro patio de arquitectura moderna se asoma al podio de los vencedores en los últimos años. Marroquíes termina frente a un frag-

mento de la antigua muralla, en la calle Adarve –llamada así por su localización junto al muro defensivo–. Adarve une la plaza Puerta del Rincón con la torre de la Malmuerta.

El paseante vuelve a la calle Mayor para buscar la Puerta del Colodro. Antes de llegar a ella, a la derecha sale la calle Carlos Arruza, que ya ha sido objeto de referencia, y un poco más arriba comienza la calle Cepas, que termina en la plaza del Pintor Rafael Botí. En esta plaza y en el tramo de Horno del Veinticuatro que enlaza con ella y en las calles Manuel Mora Valle *Morita*, Blasco Ibáñez, Eduardo Barrón González y Nicolás Miguel Callejón se levanta una urbanización de viviendas unifamiliares adosadas de nueva planta. Todas estas calles junto a las de Valencia, Vera, Horno del Veinticuatro y Carlos Arruza, son peatonales, están liberadas del ruido de vehículos a motor y conforman una tercera reserva de silencio en el barrio de Santa Marina. Un poco más arriba de Cepas, frente al convento del Colodro ya referido, se encuentra la plaza de La Lagunilla, desde los años cuarenta del siglo XX ya siempre vinculada a la figura universal de Manolete. Aquí vivió el torero con su madre hasta que en 1942 se mudó a la casa de la avenida de Cervantes. La comisión municipal permanente del Ayuntamiento de Córdoba acordó el 2 de septiembre de 1947, cuatro días después del fallecimiento de Manolete en Linares, la construcción de un pequeño jardín en la plaza de La Lagunilla que sirviera de marco a un busto del torero. Se pidió la realización de la escultura a Juan de Ávalos y Taborda, artista extremeño, a quien se compró un busto en bronce, réplica del original en mármol. Desde 1948 el busto preside sobre un pedestal de granito rosa, escoltado por palmeras, el centro de La Lagunilla.

Manolete era uno de los vecinos que aprovechaba la existencia de la conocida como Casa de Paso para atrochar el camino hacia el Campo de la Merced. La Casa de Paso unía La Lagunilla con la calle Chaparro. Este tipo de construcciones eran frecuentes en siglos pasados y tenían su origen en cesiones de terreno que hacía el Ayuntamiento para hacer viviendas. Esta de Santa Marina, que sigue existiendo en la actualidad como casa de vecinos, ha cumplido su papel de paso hasta el año 2000, en que sendas puertas –en Chaparro y La Lagunilla– pusieron fin al trasiego de viandantes que la utilizaban para acortar el tránsito.



Puerta del Colodro, cuyo umbral quedó al descubierto junto a restos de muralla tras una intervención arqueológica. (Foto. J. L. Blasco).

El paseo por Santa Marina llega a su fin en la Puerta del Colodro, cuyo umbral se recuperó junto con otros restos de muralla gracias a la reforma del pavimento de la calle Mayor, deteriorado en poco tiempo como consecuencia del intenso tráfico de vehículos que registra esta vía al ser la salida de la Ajerquía al centro. La puerta del Colodro fue construida tras la conquista de la ciudad por las tropas de Fernando III. Se la conoce con este nombre por Álvar Colodro, un almogávar que formaba parte de las tropas del rey santo y que en la noche del 23 de enero de 1236 logró escalar la muralla por este sitio con Benito de Baños para que el ejército cristiano iniciara la conquista de la Ajerquía. Por donde entró Álvar sale el paseante, que se va con el convencimiento de que Santa Marina es cuna de tradiciones arraigadas en Córdoba. Desde su origen, en el barrio no hay tradición que resulte ajena o lejana: Semana Santa, Carnaval, Cruces, Patios, torero, ver cine a la luz de las estrellas, verbenas, peñas, tabernas... Santa Marina es un barrio genuino, castizo y muy cordobés.

Bibliografía consultada

- CANTERO MUÑOZ, Antonio: *El origen de la religiosidad popular en Santa Marina en torno al Resucitado*. Hermandad del Resucitado y Nuestra Señora de la Alegría. Córdoba, 2021.

- CÓRDOBA, José Luis de: “Los Tejares, un siglo de toreo”, en *Colección Córdoba*, vol. 1. Diario *Córdoba* y Cajasur. Córdoba, 1997.

- CRUZ GUTIÉRREZ, José: *Los piconeros cordobeses*. Segunda edición. Ayuntamiento de Córdoba. Córdoba, 1989.

- DABRIO GONZÁLEZ, María Teresa, y RAYA RAYA, María Ángeles: “Parrquia de Santa Marina”, en *Córdoba capital*, vol. 2. Diario *Córdoba* y Caja Provincial de Ahorros. Córdoba, 1994.

- ECHEVARRÍA, Domingo: *Manuel Calero Cantero Calerito. Merecido recuerdo..* Diputación Provincial. Córdoba, 2019.

- LÓPEZ, Mario: “Rumor de fuentes”, en *Colección Córdoba*, vol. 1. Diario *Córdoba* y Cajasur. Córdoba, 1997.

- MÁRQUEZ, Francisco Solano: “Paseo sentimental por Córdoba”, en *Córdoba capital*, vol 4. Diario *Córdoba* y Caja Provincial de Ahorros. Córdoba, 1994.

- RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por Córdoba*, 8ª ed., Librería Luque. Córdoba, 1998.

- RAYA RAYA, María Ángeles, y MÁRQUEZ HIDALGO Juana: “Palacio de Viana”, en *Córdoba capital*, vol. 2. Diario *Córdoba* y Caja Provincial de Ahorros. Córdoba, 1994.

- ROMÁN, Francisco: *Las calles de Córdoba*. Coleccionable, diario *Córdoba*. Córdoba, 2005.

- RUIZ GUTIÉRREZ, Marina: *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna*. Núm. 12, 2010.

- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Rafael: *Lagartijo el Grande, centenario de un califa del toreo*. Ediciones Contracentro. Córdoba, 2000.

ANEXO

Breve explicación de los topónimos del barrio de Santa Marina por Francisco Román Morales

Aceituno. En opinión de Ramírez de Arellano, el nombre de esta calle ya existía en 1399, considerándolo proveniente de unas familias dedicadas a la compra y venta de aceitunas.

Adarve (compartida con Campo de la Merced). Tradicionalmente, el adarve ha sido el camino situado en lo alto de una muralla, detrás de las almenas; en apreciación moderna, es el terraplén que queda después de construido el parapeto.

Alarcón López. Antonio Alarcón López (Córdoba, ca. 1859-4 de abril de 1929). Empresario y bodeguero, fundó en 1880 las bodegas Alarcón en la calle Mayor de Santa Marina. En 1963 esta empresa donó a la ciudad parte de sus terrenos, con el fin de destinarlos a una nueva vía que conectó Mayor de Santa Marina con la calle Vera.

Almorávides. De ser un movimiento religioso pasó a serlo militar con Ibn Yasin (1059), fundador de la ciudad de Marrakech y conquistador de Al-Andalus en 1086. En 1147 la dinastía es vencida por los almohades.

Alonso Gómez de Sandoval. (Córdoba 1713-1801). Escultor imaginero. Está considerado como la gran figura del barroco cordobés del ochocientos. Su obra más famosa es el San Rafael de la iglesia del Juramento, realizado en 1735.

Ángel María de Barcia. Ángel María de Barcia Pavón (Córdoba, 1841-Madrid, 1927). Bibliotecario, eclesiástico y pintor. Perteneció al cuerpo facultativo de Archivos. Viajó a Tierra Santa y escribió un notable libro sobre su viaje.

Carlos Arruza. Carlos Ruiz Camino “Carlos Arruza”. [México D.F., 1920-Toluca de Lerdo (México), 1966]. Matador de toros. Destacado por su valor, arte y dominio de los toros. Rival y amigo de Manolete, gracias a su impulso pudo construirse el monumento al cuarto Califa.

Cepas. Al parecer, el nombre de esta calle se debe al hecho de que allí existió un gran árbol que después de talado su cepa permaneció en aquel lugar durante años.

Chaparro. El nombre de esta pequeña calleja se debe a la existencia de un huerto donde hubo un árbol de esta especie. Cabe destacar en este lugar la llamada “Casa de Paso”, que comunicaba la calleja con la plaza de la Lagunilla.

Conde de Priego, calle y plaza. Recibe su nombre porque conduce a la que fue casa principal de los Condes de Priego, situada en la plaza del mismo nombre. Austera, ascética y señorial, presidida por el monumento a Manolete, obra del escultor Fernández Laviada, inaugurado en 1956.

Don Gome, plaza. La de Don Gome es una auténtica plazuela cordobesa. Su nombre procede de Don Gómez de Figueroa y Cárdenas (siglo XV), quien estableció en el rincón su casa principal, hoy conocida con los nombres de los distintos títulos que la han habitado: Don Gome, Villaseca o Viana.

Eduardo Barrón González. Escultor prestigioso [Moraleja del Vino (Zamora), 1858-Madrid, 1911]. En 1904 obtuvo una Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes por su obra *Séneca y Nerón*, pieza vaciada en bronce que preside la glorieta de los Llanos del Pretorio.

Empedrada. En palabras de Ramírez de Arellano, esta calle debe su nombre “por haber gozado de este beneficio antes que las de su alrededor”.

Espejo. Antonio de Espejo [Córdoba, ca. 1540-La Habana (Cuba), 1585] fue un colono y explorador español que lideró una expedición a los actuales estados de Nuevo México y Arizona (EE. UU.) en 1582-1583.

Estrella, pasaje de la. Construida en 1978 sobre el solar del antiguo palacio de los Marqueses de Guadalcazar y posterior sede de los órganos del Movimiento y la Sección Femenina. Esta urbanización recibe su nombre de la empresa que la edificó: la Cooperativa de Viviendas Virgen de la Estrella.

Greñón. En opinión de Ramírez de Arellano, el nombre de esta calle recordaría el apodo de alguno de sus vecinos.

Huerto de San Agustín. El nombre proviene de la existencia en este lugar de la puerta que daba acceso al huerto del convento de San Agustín.

Imágenes. Su nombre se debe a la existencia en este lugar de la ermita de los Reyes, vulgarmente conocida como “ermita de las Imágenes”, erigida inicialmente bajo la advocación del Corpus Christi y luego de Nuestra Señora de los Reyes. Desapareció hacia 1840.

Isabel Losa. Isabel Losa o Losa de Córdoba. [Córdoba, 1473-Loreto (Italia), 1546], alcanzó el título de doctora en Teología gracias al conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea. Cuando enviudó se hizo monja de Santa Clara, viajando por Italia, donde hizo muchas fundaciones piadosas.

Jurado Aguilar. Según Ramírez de Arellano, el jurado Aguilar “lo fue de Santa Marina” y habría participado en la batalla del Campo de la Verdad. Sin embargo, Jaén Morente señala que Jurado sería un apellido y no un cargo.

Lagunilla, La, plaza. De raigambre torera, debe su nombre a la acumulación de aguas desbordadas de los pozos que recogían las procedentes del arroyo Colodro.

Marroquíes. Afirma don Teodomiro que este nombre se debe a una familia de apellido Marroquí, a la que perteneció el genealogista don Juan Francisco.

Mateo Inurria. Mateo Inurria Lainosa (Córdoba, 1867-Madrid, 1924). Esculpió imaginería religiosa, monumentos públicos y desnudos femeninos. Trabajó en la restauración de la Mezquita cordobesa y en Medina Azahara. Fue miembro de varias academias. Entre sus obras públicas tenemos que mencionar el monumento al Gran Capitán de Las Tendillas.

Mayor de Santa Marina. Calle con reminiscencias bajomedievales, de honda raigambre torera y piconera, es conocida con este nombre por ser la vía más amplia en comparación con las del resto de su barrio.

Morales. Esta calle recibe su nombre porque en ella estuvieron las casas de la familia Díaz de Morales, principal del mayorazgo fundado por doña María de Morales.

Miguel Amate Escudero. (Córdoba, 1960-2020). Hombre del carnaval que está considerado un referente nacional. Trabajó fundamentalmente en el género de la comparsa, donde obtuvo numerosos éxitos.

Moriscos. Esta calle debe su nombre a la presencia de una numerosa colonia de moriscos llegados a Córdoba, deportados del reino de Granada, tras la sublevación de 1568.

Nicolás Miguel Callejón (compartida con Ollerías). [Priego de Córdoba (Córdoba), 1888-¿? 1952]. Compositor y poeta. Autor de numerosas letras de canciones populares, entre ellas *La chiquita piconera*.

Obispo Alguacil. Diego Mariano Alguacil Rodríguez [Córdoba, 1805-Cartagena (Murcia), 1884]. Obispo. Ordenado sacerdote en 1828, ocupará las sedes de Badajoz, Vitoria y Murcia.

Palomares. Como tantas otras calles del casco histórico, esta recibe el nombre de unos vecinos que vivieron en ella, apellidados Palomares.

Pintor Rafael Botí, plaza. Rafael Botí Gaitán (Córdoba, 1900-Madrid, 1995) Músico y pintor. Hombre de gran formación humanística. Llegó a ser profesor de viola en la Orquesta Filarmónica de Madrid, aunque será reconocido y recordado por su faceta como pintor, discípulo de Vázquez Díaz.

Puerta del Colodro. Este enclave de la ciudad recuerda a Álvar Colodro, almogávar integrante de las huestes de Fernando III, que consiguió escalar la muralla y sorprender a los vigilantes musulmanes, propiciando la conquista de la Ajerquía cordobesa en 1236.

Puerta del Rincón, plaza. Situada en la confluencia de la Villa y la Ajerquía, recibe el nombre por su situación en un rincón del perímetro amurallado.

Rector, plaza. Esta placita recibe su nombre porque en ella se encuentra la puerta de acceso a la rectoría de la parroquia de Santa Marina.

Rehoyo, calleja. Calleja o barrera sin salida existente en la plaza de San Agustín, que comunica con una puerta trasera del convento de Jesús Nazareno. Recibe el nombre de una gran hondonada que hacía que las aguas corrieran hacia adentro.

San Agustín, calle y plaza. Agustín de Hipona (354-430). Después de una juventud disipada se convierte durante una estancia en Milán, siendo bautizado por el obispo san Ambrosio en el año 387. Históricamente este enclave recibió el nombre de Compás de San Agustín, por ser la antesala del convento, uno de los cuatro fundados por San Fernando, radicado en este lugar desde 1328.

San Isidoro. San Isidoro de Sevilla [Cartagena (Murcia), 560-Sevilla, 636]. Arzobispo, doctor de la Iglesia, teólogo e historiador. Reconocido como el hombre más sabio de su época. La principal contribución de San Isidoro fueron sus *Etimologías u Orígenes*.

Santa Marina, plaza. Presidida por la iglesia fernandina de Santa Marina de Aguas Santas, templo cabecera de la collación del mismo nombre. A caballo entre la historia y la leyenda, la vida de Santa Marina (119-139) es digna del mejor guionista de Hollywood.

Tafures. El origen de este topónimo recuerda a una familia del barrio que tuvo sus casas principales en la calle Marroquíes.

Teniente Rafael Carbonell, plazuela (en Puerta del Colodro). Rafael Carbonell Muñoz [Córdoba, 1901-Annual (Marruecos), 1923]. Hijo de Carlos Carbonell y Morand, pertenecía al Grupo de Fuerzas Regulares de Melilla número 2. El 5 de junio de 1923 participó en una batalla en torno a la posición de Tizzi Asa, donde cayó mortalmente herido.

Valencia. Según Ramírez de Arellano debe su nombre a un “notable escritor” así apellidado, considerado como cordobés durante años.

Vera. La calle Vera o de los Veras recuerda a don Juan de Vera, miembro de la nobleza cordobesa que vivió en ella.

Vicente Blasco Ibáñez. [Valencia, 1867-Menton (Francia), 1928]. Novelista, considerado por algunos críticos como “el Zola español” por las tendencias naturalistas de las obras de su primera época.

Zamorano. El nombre alude a una familia de este apellido que fue vecina de la misma.

Zarco. Señala Escobar Camacho que a principios del siglo XV esta calle ya aparece con el nombre por la que es conocida. Según el Diccionario de la Real Academia, suele llamarse “zarco” a aquella persona que tiene los ojos de un azul muy claro.

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

